

COMUNICACION Y SOCIEDAD INDUSTRIAL

por Juan José LOPEZ IBOR
De la Real Academia Nacional de Medicina

HACE unos años, el presidente de una gran sociedad constructora de automóviles, me decía, tras largos años de residir en España: «cada día entiendo menos a los españoles. Uno los ve pasear o conversar como si les sobrase tiempo, pero en cuanto les vendo un automóvil, lo primero que me preguntan no se refiere a su seguridad, duración, etc. sino a su velocidad máxima, como si lo único que les interesase es pasar a otro por la carretera».

Ciertamente que han cambiado las cosas, pero todavía perduran en nuestros conciudadanos ese principio de impaciencia dominadora. Si piden una conferencia telefónica y tardan unas décimas de segundo más de lo previsto, parece que su iracundia rebalsada necesita despojarse en unas frases innecesarias. Y es que se siente humillado.

34 El español tiene una relación peculiar con las cosas y si las cosas son producto de la técnica, esa relación toma visos de caricatura. Escribí, una vez, un libro sobre el «complejo de inferioridad del español». Me refería en él a esa acusación tantas veces repetida, de que el español ha contribuído poco al progreso técnico moderno. Mi explicación del hecho era muy sencilla: no le había interesado. UNAMUNO dijo una vez, que los españoles debían actuar como los hombres de la Roma clásica, que buscaron de aquí y de allá conocimientos y técnicas que pusieron al servicio de su poder. Su conclusión fué aquella exclamación, que a muchos intelectuales parece una blasfemia: «¡que inventen ellos!» dijo refiriéndose a los demás pueblos de Occidente. Que inventen ellos y nosotros aprovecharemos sus invenciones. Lo malo es que hay que pagarlas.

En cambio, el español vuelca todo su interés por las personas. El mundo se divide en dos partes: el de los amigos y el de los desconocidos. Los amigos son más importantes que los ministros, los generales y los obispos. «Tengo una amiga en teléfonos. Ahora la llamo y verás que pronto te ponen la conferencia». Y es que el español siente que las cosas están al servicio de las personas y no las personas al servicio de las cosas. Las dificultades sobrevienen cuando las cosas son tan complicadas como los servicios telefónicos, porque la propia ley interna de su complicación exige un orden. Y un orden que se quiebra, al principio sólo es un desorden y luego el caos. Por eso se irrita ante ese orden que le impone un pequeño aparato atado a un hilo. Y como al otro lado hay una voz humana —o un

silencio, también humano — resulta que, en su ima- 35
ginación, ese hilo conduce a encontrar al culpable.

El culpable lo es a sus ojos, no porque esté atareado o porque algo ande mal, sino porque está charlando con su amiga o leyendo una revista de esas que hablan de princesas, crímenes o de artistas de cine. Es decir, lo que él o ella están haciendo cuando descuelga el teléfono para pedir una conferencia.

Quizás exagero; por lo menos es evidente que en los diez años últimos las costumbres están cambiando y que hay mucha gente que no se compra un automóvil para subir la Cuesta de las Perdices en unas milésimas de segundo menos que su eventual vecino de la carretera y que no descuelga el teléfono, en la mayoría de las ocasiones, más que para una conversación breve y positiva. Pero todavía queda algo —o mucho— de aquella mentalidad, a pesar de los frenos que las exigencias de la vida moderna imponen.

La necesidad de comunicación es inherente al ser humano. Es tan importante como el comer. Hay una enfermedad en los niños que consiste en una incapacidad de comunicar con los demás. La palabra es el principio de la vida auténticamente humana. Mediante la comunicación con los demás el hombre se da cuenta él mismo de lo que es. Una alegría de uno mismo es una alegría que se marchita rápidamente. Un dolor que se mantiene dentro, corroe de tal manera que nos destruye. Necesitamos de los demás. La soledad es el peor mal de los tiempos. Por eso se inventan tantos medios de comunicación. Por eso ante la radio y la televisión el ser humano permanece pasivo, recibiendo un mensaje que le distrae o que le emociona.

36 Distracción o emoción colectiva. Contribuyen así a elaborar y cultivar lo que en el hombre hay de masa. El hombre-masa es lo que hay de menos personal, de menos individual en nosotros mismos. Existen unas experiencias en los animales que los «condicionan»; esta palabra quiere decir que el animal responde siempre igual al mismo estímulo. También se pueden condicionar los seres humanos. De eso saben mucho los políticos y también los comerciantes. Se vende, no lo que gusta, sino lo que ellos hacen que nos guste. Las modas se difunden como las epidemias. Cada vez es más difícil dejar de contagiarse. Los «hippys» nacieron como en una rebeldía contra operaciones colectivas y masificadoras de los gustos en los productos de consumo. Y ahora los pobres han caído en lo mismo. Se hace tal propaganda que el «hippie» de San Francisco se parece al que pasea por Londres o por la calle de Serrano como una gota de agua a otra gota de agua.

El teléfono —¡gracias a Dios!— permite una cierta defensa contra esa invasora mancha de petróleo. La conversación es individual. Aunque los novios se digan las mismas palabras, o el jefe de una empresa dé idénticas órdenes, siempre son palabras de *una* persona a *otra* persona: por eso llegan de otra manera. Por esa razón, la red telefónica permite vivir en la ciudad o aislarse en una pequeña isla.

Por mi profesión recibo llamadas de puntos muy lejanos de España —y del extranjero— a los que sólo se puede llegar con muchas horas de avión. Ninguna me hizo tanta impresión como la que un día me hicieron desde un lugar tan próximo como la isla de Formentera. Nunca he

estado en esa isla, pero muchas veces la había visto en mis viajes por las Baleares. Un amigo mío fatigado de este gran Madrid —que ya se ha vuelto fatigante— eligió este pequeño pañuelo de tierra para aislarse. Al cabo de unos días no pudo contenerse y sintió la necesidad de romper su soledad con una comunicación telefónica. Realmente no me preguntaba nada importante. Adiviné que lo que él quería era oír una voz amiga. 37

Yo ya sé que el teléfono sirve para algo más que eso. El mundo anda gracias a él. Ordenes de compra-venta, movimiento de masas, mensajes políticos, crónicas de periódicos que nos permiten saber cosas tan importantes como si en la isla de Okinawa un hombre ha mordido a un perro —esto es lo que en las Escuelas de Periodismo es una noticia— etc., etc.; pero a mí lo que más me interesa es que permite oír una voz humana, es decir la voz del «otro».

¡Qué misteriosa es la voz humana! Del mismo modo que no aprendemos a conocernos más que lentamente, a lo largo de los tropiezos y alegrías que la vida nos proporciona, también hemos de aprender a conocer nuestra voz. Los niños pequeños se miran en el espejo y no se reconocen, sólo cuando van descubriendo su propia autonomía aprenden a reconocerse. Lo mismo nos ocurre con nuestra voz. La primera vez que la oímos grabada en cinta magnetofónica nos parece extraña. A fuerza de oírla la reconocemos. Y sin embargo es de lo más personal que existe.

Pues bien, ese hilo hoy tan vulgar del teléfono nos permite transmitirla a cualquier distancia y oír la voz del otro. Pero también se necesita aprender a hablar por teléfono.

38 No es un aprendizaje como el de aprender a leer. El no tener a la otra persona delante nos da una cierta impunidad. Es la misma impunidad que la de la noche. Y esa impunidad nos vuelve, sin querer, más agresivos. El mundo se ha vuelto terriblemente agresivo, ahora que tanto se habla de la paz. En medio de una promiscuidad general que llega a los aspectos más íntimos de la vida, crece como la hierba mala, la agresividad. Y si hay un aparato por medio, la agresividad crece, porque es más impune.

Gracias a que, a veces, en medio hay una voz femenina que transmite la comunicación y corta la agresividad. Desgraciadamente muchas veces a costa de sí misma. La identificación entre el auricular y la señorita de la central es terrible. Terrible y peligrosa. Porque el auricular, su hilo y su central son inanimados. Tienen la indiferencia de las cosas muertas; pero lo que está allí, haciendo que las comunicaciones funcionen es un ser de carne y hueso como nosotros. Creo que todos debemos hacer una especie de confesión general. Y saber que todo funciona gracias al ser humano. Y que éste es de carne y hueso y puede fatigarse (también los huesos se fatigan si pertenecen a un ser vivo). La comunicación es comunicación de seres humanos. Ha sido una idea genial de la Compañía Telefónica elegir mujeres para el servicio de las centrales. Si hubiera elegido varones, creo que a estas horas habría habido más de un grave incidente.

La mujer es menos agresiva, más acogedora, aunque esté de mal humor. No es fácil rendir en un trabajo disciplinado e incesante. Pero creo que si se piensa que el trabajo une a los hombres y que la comunicación entre los

er a leer.
da una
e la no.

hombres es el comienzo de la paz, la tarea aun marginal y opresora de las telefonistas, cobrará un nuevo sentido. El ruido de las máquinas no enervará tanto y si bien yo no me atrevería a decir que sonará como una sinfonía, porque la imagen poética resulta absurda, sí que podemos pensar que ese purgatorio del trabajo resultará mitigado. Las impertinencias que a veces oirán les hará pensar en que el impertinente se castiga a sí mismo, al no saber ser persona en ese momento y si no lo percibe, tanto peor para él. El diccionario dice que «impertinente» es lo que no viene al caso. Y si en una conversación yo introduzco algo que no viene al caso demuestro poca inteligencia.

Al comienzo he hablado de un complejo de los españoles; pero no sólo tenemos complejos, sino virtudes. La más importante es un sentido especial de la dignidad humana, es decir, de lo que vale el ser humano, hombre o mujer, simplemente por el hecho de ser hombre. El español lleva en su sangre las palabras de Séneca. No se olvida en el triunfo o en la desgracia, en la miseria o en la riqueza de que siempre es un hombre.

Al uno y otro lado del teléfono hay seres humanos. Y en medio también, otros seres humanos, las telefonistas. La máquina nunca es por compleja y maravillosa que sea, superior al hombre. La comunicación está destinada a hacernos más humanos cada día. Y en ese sentido, el teléfono y sus servidores nos ayudan. Esa ayuda es y debe ser ejemplar. Nunca nos olvidemos, aun separados por kilómetros de distancia, y en los dos cabos del hilo, de que todos estamos obligados a comportarnos con la dignidad que

40 nuestro ser nos confiere. No sé si estas reflexiones servirán para algo; quisiera naturalmente pensar que sí. A mí mismo me han servido para pensar en una situación que parece trivial —hablar por teléfono— dándome cuenta de que realizo un acto que no es trivial: comunicarme con otro, recibiendo para ello la ayuda ajena. Si pensáramos que en el mundo de la cosas ocurre así ¿no seríamos todos un poco mejores?

Juan José López Ibor es, sin duda, una de las primeras figuras de la intelectualidad española actual. Catedrático de Psiquiatría en la Universidad de Madrid, ha dado conferencias en la mayor parte de las Universidades y Centros Culturales del mundo. Académico de la Real Academia de Medicina, del Patronato Ramón y Cajal del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, su personalidad desborda con mucho el marco de la dedicación a la Medicina, donde en su especialidad goza de justa fama. Ha publicado entre otros libros y ensayos, «La agonia del Psicoanálisis», «El complejo de inferioridad de los españoles» y «Rasgos neuróticos del mundo contemporáneo».